

LA POESIA DE APARATO

Escribe: JORGE ZALAMEA

(Este ensayo hace parte del libro "La Poesía Ignorada y Olvidada", de próxima publicación).

Tan pronto como los hombres se organizan en sociedad y se crean gobiernos personales o dinásticos, surge la poesía de aparato o poesía ceremonial. De la misma manera que la magia y los ritos se asentaron en la palabra y con ella se cubrieron y nutrieron, también la gloria de los reyes buscó el suntuoso ropaje del lenguaje para encarecer su prestigio ante sus propios súbditos y ante los pueblos vecinos, así fuesen amigos, aliados o adversarios.

Acaso fuera esta poesía ceremonial la primera forma de la propaganda de Estado. La alabanza, —no siempre gratuita, como se verá luego—, del caudillo, jefe o monarca seguramente sirvió para distraer a los pueblos de sus miserias y opresiones, fomentando su orgullo de clan, tribu, horda o nación con las espléndidas narraciones de las riquezas del gobernante, la enumeración de sus virtudes reales o supuestas, la crónica de sus hazañas cinegéticas y de sus proezas guerreras. Y sin duda sirvió también como instrumento diplomático, ora para acrecentar el prestigio del trono ante sus vecinos y aliados, ora para prevenir y atemorizar a los enemigos con el copioso inventario de las armas, soldados, víveres, bestias de guerra, máquinas y tesoros o con la minuciosa narración de fabulosos hechos bélicos cumplidos por el rey y sus paladines.

Por fortuna para el hombre y la cultura, esta poesía de alabanza no se limitó a su función cortesana ni se redujo a la loanza del poderoso. La fuerza expansiva del lenguaje y el espíritu de reverencia del poeta ante la belleza del mundo y de los seres, se confabularon para derramar la gracia de la alabanza sobre todas las cosas.

Si Píndaro abre, en la alta mar de la poesía, todas las velas en alabanza del Príncipe y le pide que reciba el himno que le envía por sobre el blanco mar como un cargamento fenicio, también hace el elogio de los atletas, ofrendándoles himnos con voz de miel, preludios de cantos ulteriores que ascienden sin envidia hasta los campeones olímpicos. Los poetas nahuas y otomíes se alabaron entre sí; los mongoles encarecieron la destreza de sus arqueros, luchadores y jinetes; los malayos inventaron

nanas ceremoniales dedicadas a los jóvenes elefantes cautivos; los hindúes hicieron himnos para honrar a los árboles; los peules de Africa loaron a las bestias de narices húmedas que se pavonean al marchar y, cuando se encabritan, menean una joroba carnosa y gorda. Los árabes, más, refinados y en perpetuo embeleso ante las bellezas de su propio idioma, crearon la oda ceremonial, —a la que se hará luego más amplia referencia—, englobando en el poema la alabanza heterogénea de paisajes, bestias, objetos, personas y virtudes.

En cierto modo, podría decirse que en los más distantes países y dentro de las formas más diversas los poetas coincidían en el propósito de que la alabanza —como lo diría Archibald MacLeish— fuese el acto poético supremo.

.....

La poesía de aparato, de mera inspiración cortesana, se repetirá con toda suerte de variantes en los imperios de Africa, de Europa, de Asia, de América. La escucharán los tiranos de Atenas, los cónsules romanos, los caudillos celtas y escitas, el emperador de la barba florida, Genghis Khan, Timur el Cojo y todos los tiranos cuya historia de violencia y grandeza, de utilidad y demencia se nos escapa hoy por entre los ralos dedos como arena del desierto o espuma de los mares.

Pero en los siglos VII y VIII de la era cristiana, la poesía ceremonial salta a una de sus más altas cimas en el mundo árabe. Los camelleros nómades del desierto siriano, irreligiosos, iracundamente individualistas, forzados a la templanza por la más dura de las vidas e invitados por ella a la conquista de mejores tierras y de más placentera existencia, habían logrado, —primero por simple impulso vital, luego por la predicación de la nueva doctrina mahometana—, conquistar a Persia, Palestina, Irak, Mesopotamia, Samarcanda, el actual Marruecos y llegar hasta las marcas de la India por el Oriente y hasta el interior de España por el Occidente. Mientras la inmensa ola invasora se sosegaba y sobre los campos conquistados se recogían las cosechas pródigas, los Omeyyadas en Damasco y Granada; los Hamanidas en Alepo y los Abasidas en Bagdad, trataban de templar las crudezas de la guerra creando su corte lírica, su cancillería de las letras, su procuraduría poética.

Una constelación de poetas mayores va a alumbrar en el cielo del mundo árabe, nodriza de rosas y de corceles. Siete poetas de excepcional valía, crearán o perfeccionarán en esos siglos la oda árabe que constituirá desde entonces un modelo difícilmente superable de la poesía ceremonial aunque signifique una profunda revolución frente a la poesía puramente cortesana. Pues, como ya se dijo, la adulación al príncipe, al sultán, al rey, al emperador había derivado al elogio de cuanto hay de hermoso en el mundo. Esta encomiable derivación es más fácilmente comprensible si se tiene en cuenta que la cortesía, la hospitalidad, la amistad y la generosidad parecen ser virtudes naturales en los pueblos asiáticos y africanos, en tanto que en los occidentales son frutos artificiales y deformados.

El poeta árabe de aquellos siglos remotos es muy astuto en sus procedimientos de compositor y un tanto excesivo en su deleitación morosa

con la belleza en sí de las palabras. Compone sus odas como una sucesión, en apariencia incongruente, de paisajes, retratos, episodios de caza o de guerra, enumeración de armas y otros objetos, amén del elogio de las virtudes y la sátira de los vicios. Por otra parte, el poeta propone al auditor o al lector toda suerte de enigmas jugando con el sentido y aun con el sonido de las palabras, en forma que ninguna traducción podría reproducir o siquiera imitar. En cuanto al tema central de la oda, el poeta trata siempre de ocultarlo o, por lo menos, de inducir inicialmente en error. Pero lo que sí entendemos y lo que aquí nos interesa fundamentalmente es la posición de reverencia y de loanza que asume el autor ante la vida y el mundo. Lo falsamente ceremonial de la poesía cortesana, se convierte en fervorosa contemplación de todo lo creado.

Acaso por el dramático fin de su risueña vida, nos parezca Tarafa el más seductor de los siete grandes clásicos árabes.

Volando hace algunos años sobre Bahrein, veía yo el desierto color de miel y el acerado mar pérsico con visos violetas. Sobre las arenas, el rígido bosque de los pozos de petróleo; los redondos y achaparrados tanques grises, como fósiles de grandes bestias prehistóricas; la gorda línea de los oleoductos; los reverberantes techos de hangares y campamentos; el ciempiés de una línea férrea. Todo un paisaje mineral, hostil al hombre, sofocante, inclemente. ¿Qué sería Bahrein, —pensaba yo—, cuando allí nació, doce siglos atrás, Tarafa? ¿Acaso un oasis con datileros, álces y terebintos? Acaso una diminuta ciudad de mármol y mosaico, rodeada por las tiendas de cuero de los nómades? ¿O una miserable aldea con chozas de arcilla y palma? Allí pasó su infancia Tarafa y en su adolescencia, llamado por su tío Mutalamis, poeta cortesano que debería propiciarle las benevolencias y larguezas del rey Hira, Tarafa se trasladó a la corte, en donde no tardó en hacerse amigo de los más íntimos familiares del monarca. Pero Tarafa solía escrutar en las copas llenas de vino las debilidades propias y las ajenas y acaso por beber en ellas demasiado orgullo por lo propio y excesivo desdén por lo ajeno, se dio de preferencia a la poesía satírica con la que no vaciló en zaherir al propio rey. Lo que le valió ser reexpedido a su lugar de origen, en donde, por órdenes secretas de la corte o por monstruosa obsecuencia del feudatario de Bahrein, Tarafa fue enterrado vivo en las calcinantes arenas cuando apenas contaba 26 años.

Tan dramática conclusión no impide que Tarafa viva todavía entre nosotros, con nosotros. Su poesía nos restituye al enterrado vivo íntegro en su orgullo; tierno y desdeñoso en el amor; generoso en el exilio; valeroso aun en la terrible muerte por la sofocación de las arenas, tránsito que parece haber presagiado en este verso: "El avaro y el pródigo tienen la misma mansión postrera: un montón de arenas cubierto de piedras planas".

Este Tarafa que se jugaba la vida contradiciendo y burlando al rey que pudo colmarlo de favores, contradecía también las estrictas reglas de la oda árabe y se mofaba de sus preceptos. Los otros grandes poetas de su época, iniciaban el poema con alusiones y digresiones sobre el paisaje, la cabalgadura o las armas para llegar, en concertado crescendo, al elogio

de la mujer amada. Tarafa hace otro juego, más lleno aún de malicia: el tema de la incomparable muchacha, orgullo de la tribu, anunciado en el versículo inicial de la oda, es abandonado prontamente para hacer del elogio de su camella el gran centro de interés del poema. En su montura y no en su amada encontrará Tarafa la inspiración y el estado de entusiasmo necesarios para llegar luego a la entonación de la alabanza de su propia familia y la loa de sus personales virtudes.

Pero ninguna exégesis vale lo que el texto mismo. Helo, pues, aquí:

“Orgullo de la tribu es una incomparable muchacha cuyo cuello adornan collares de perlas y topacios. Al contemplarla, se piensa en una gacela de pupilas azules, nutrida con bayas de arak.

Cuando mi bienamada sonríe, brillan entre sus labios sus dientes como flores de camomilla y son a modo de estrellas sobre un diminuto foso húmedo, rodeado de roja arena.

Los dientes de mi bienamada tienen el brillo de las estrellas. Sus encías, teñidas con antimonio, son la noche en que reverberan los pétalos de jazmín que son sus dientes.

Su rostro parece amasado con nieve bañada de luna.

¡Que mi canto sea puro como el viento y la sal! ¡Que mi canto sea nítido y seguro como el trote de mi camella infatigable!

Jamás tropieza mi camella. Su cuerpo es un cofre de cedro. No vacilo en lanzarla a toda marcha por una pista que el paso de las bestias aró profundamente y que semeja un traje rayado.

Tiene la fuerza de un garañón. Bajo su piel, ruedan los músculos. Es tan ligera como la avestruz que salta hacia su macho empenachado de gris.

La primavera pasada, anduvo libre entre dos colinas. Con dos de sus compañeras, agotadas por la lactancia, pacía la hierba de un pingüe valle.

Mi camella reconoce mi voz. Sabe quebrantar el ardor de los machos negros. Jamás huye.

Sus macizos muslos son los dos batientes de la puerta de una ciudadela.

Cuando anda, sus miembros anteriores semejan los apartados brazos de un aguador que camina llevando un cubo en cada mano.

Tiene el aspecto y la solidez de un puente romano.

Sobre sus flancos, las huellas de las cinchas se parecen a los senderos que surcan las pendientes de una colina.

Cuando se yergue bruscamente, su cuello es como el mástil de un navío sobre las aguas del Tigris.

Sus mejillas son sedosas como el papel de Damasco. Sus aterciopelados labios como el cuero del Yemen.

Sus ojos son dos espejos. Sus órbitas, conchas de mármol en que duermen un agua limpia. Sus párpados, cortinas que mi camella baja cuando un peligro amenaza el cristal de su mirada.

Cuando su corazón palpita violentamente, se piensa en una bola de piedra chocando contra paredes de gres.

Y ahora, ya conocéis a mi preciosa montura. Gracias a sus cualidades, recorro el desierto en el que a veces me repite mi amigo: “¡Que Alah me ayude a llevarte lejos de aquí! ¡Que Alah me ayude a salvarme al mismo tiempo!”.

A menudo, mis compañeros me dicen:

“Nadie podría realizar tal o cual hazaña”. Imagino entonces que me retan. Salto sobre mi camella. Nadie podría ya detenerme.

Mi foete silba. Mi camella vuela. Como una proa de navío, cortamos la caligine que anega el pedregoso desierto.

Sabido es que nunca vacilo en socorrer a un infortunado. Sabido es que mi casa no se levanta en lugar inaccesible a los pobres que necesitan mi asistencia.

Si me buscas en una reunión de sabios, en ella me encontrarás. Si me buscas entre los bebedores, me encontrarás también.

¡Ven a llamar a mi puerta a la hora del alba! Te ofreceré una copa de vino, y otra más para que la dediques conmigo a las llamas del sol.

En nuestra comarca, ninguna familia es más ilustre que la mía. Ninguna familia tiene, desde los tiempos remotos, los títulos de gloria que la mía tiene.

Para alcanzar goces y vino, vendí cuanto tenía. Disipé mi fortuna. Derroché lo adquirido. Pignoreé la herencia de mis antepasados.

¡Y mi tribu se alejó de mí! ¡Y me abandonó mi familia! Como se aisla a un camello atacado por una enfermedad contagiosa.

Pero los extranjeros me buscan. El mendigo que ni siquiera tiene abrigo y el rico que posee tiendas de seda, me llaman.

Todos vosotros, los que me reprocháis el ceder a mi pasión por los placeres y los combates, podéis, acaso, hacerme inmortal? ¿Podéis ofrecerme más duradera gloria?

Puesto que no podéis hacer que el instante fatal sea para siempre diferido para vuestro poeta, dejádme gastar mi ardor y mis tesoros antes de que los tambores del destino me adviertan que debo arriar mi tienda.

Sonriendo me verán ese día mis amigos, pues habré conocido las tres únicas alegrías que hacen el encanto de la vida.

Habré bebido vino puro; habré socorrido a todos los seres que peregrinaron a mi lado; habré abreviado la duración de los días lluviosos acariciando bellas mujeres.

El hombre digno de este nombre, debe abrevarse a largos sorbos en las delicias de la vida. Mañana, oh juez severo, cuando ambos estemos muertos, cuál de los dos tendrá sed aún?

El avaro y el pródigo tienen la misma mansión postrera: un montón de arena cubierto de piedras planas.

La vida es un tesoro que disminuye cada día. Lo que el Tiempo arruina sin tregua, será bien pronto destruído.

Los vivos son semejantes a las cabras sujetas con una cuerda que les permite pacer, pero cuyo cabo está en las manos de un amo.

Soy ágil y valiente. Se me reconocen estas cualidades. Mi cuerpo tiene la ligereza de la cabeza de la serpiente en lucha.

¡Lo he jurado! Mi sable indio de doble filo afilado, estará siempre en mi cintura.

¡Un solo golpe de su cuchilla y estará satisfecha mi venganza!

¡Oh hijo de Mabad: para anunciar mi muerte, te bastará hablar de mi coraje después de lacerar tus ropas en señal de duelo! Solo tendrás que mostrar el cielo empurpurado con los últimos fuegos del poniente, diciendo: "Como el sol, duerme ahora en su gloria".

.....